

## CAPÍTULO XXII

Intrigas de Adonías.—Quejas de Bethsabée y de Nathan.—Juramento de David.—Consagración de Salomon.—Sumisión de Adonías.—Discurso y súplica de David.—Sus advertencias y consejos á Salomon.—Su muerte.—Su elogio.—Sublimidad de su poesía.—Sus salmos.—Evangelio profético.

David había envejecido; miraba con complacencia á su hijo Salomon, que destinaba á sucederle en el trono. Así se lo había jurado á su madre. Esta elección procedía de más alto. El Eterno le había anunciado por el profeta Nathan, antes que naciese el niño, que este le levantaría una casa, y que era necesario llamarle Salomon ó el Pacífico, porque quería dar el reposo y la paz á Israel durante todos los días de su reinado.

Aunque en las costumbres orientales la primogenitura no daba un derecho cierto al trono, sino la designación del padre, uso que implicaba la pluralidad de mujeres y la desigual condición de las esposas, frecuentemente, sin embargo, el primogénito creía tener más derecho que los demás. Adonías, hijo de Hagith, que David había tenido mientras reinaba en Hebron, no ocultaba sus pretensiones. Sin resolverse por el ejemplo de su hermano Absalom, se hacía acompañar de carros, caballeros y cincuenta guardias que marchaban delante de él. Anunció también abiertamente que quería llegar á ser rey. Su anciano padre no decía nada. De arrogante estatura, seduciendo quizá como Absalom, había atraído ya á su partido á muchos hombres; también el anciano Joab y el gran sacerdote Abiathar favorecían su ambición. Parece que, exceptuando á Salomon, había ganado á todos sus hermanos y á las gentes de la corte, porque invitó á unos y á otros á un banquete fuera de la ciudad, sin haber convidado á él, ni á Nathan, ni al gran sacerdote Sadoc, ni á Banaías, ni á los héroes de David, ni á Salomon.

Nathan advirtió á Bethsabée del peligro que le amenazaba, así como á su hijo. Según su consejo, entró ella en el cuarto del rey, y habiéndole adorado, le dijo: «Señor mío, has jurado á tu sierva por Jehová, tu Dios: Salomon, tu hijo, reinará después de mí, y él es el que se sentará en mi trono. Sin embargo, ve ahora que Adonías se ha hecho rey sin que lo sepas, ¡oh señor, mi rey! Ha hecho degollar bueyes y toda clase de reses gruesas, y muchísimos carneros, y ha convidado á todos los hijos del rey, y también á Abiathar, el sacerdote, y á Joab, general del ejército; mas no ha convidado á Salomon, tu siervo. Entre tanto, los ojos de todo Israel están fijos en tí, ¡oh rey, mi Señor! para que les declares quién deba sentarse sobre el trono de mi señor el rey después de él. Porque cuando el rey mi señor durmiere con sus padres, seremos criminales yo y mi hijo Salomon.»

Hablaba todavía cuando el profeta Nathan fué á presentarse delante del rey, y habiéndole adorado inclinándose hasta la tierra, le preguntó: «¡Oh rey mi señor! has dicho: Adonías reine sobre mí, y él se sienta sobre mi trono? Porque hoy ha descendido y ha hecho degollar bueyes y ganados gruesos, y muchísimos carneros, y ha convidado á todos los hijos del rey, y á los caudillos del ejército, y también al gran sacerdote Abiathar, que ha comido con él, diciendo: ¡Viva el rey Adonías! No me ha convidado á mí, tu siervo, ni á Sadoc, el sacerdote, ni á Banaías, hijo de Joiada, ni á Salomon, tu siervo. ¿Ha salido esta orden del rey mi señor, y no me has declarado á mí, tu siervo, quién

se había de sentar en el trono del señor mi rey después de él?»

Habiendo el rey hecho llamar á Bethsabée, juró y dijo: «¡Vive Jehová, que libró mi alma de toda angustia, que así como te juré por el Señor Dios de Israel, diciendo: Salomon, tu hijo, reinará después de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo haré hoy!» Y Bethsabée, inclinando su rostro hasta la tierra, adoró al rey, diciendo: «¡Viva por siempre mi señor el rey David!»

Hizo venir al propio tiempo al sacerdote Sadoc, al profeta Nathan, y á Banaías, hijo de Joiada, y les dijo: «Tomad con vosotros los criados de vuestro señor, y poned á mi hijo Salomon á caballo sobre mi mula, y conducidle á Gihon (fuente situada al Poniente de Jerusalem, en donde siempre había mucha gente), y que Sadoc, gran sacerdote, y el profeta Nathan, le unjan en este lugar para ser rey de Israel; y tocareis la trompeta y direis: ¡Viva el rey Salomon!»

«Así sea, respondió Banaías al rey; así lo confirme Jehová, el Dios del rey mi señor. Como Jehová ha sido con mi señor el rey, así sea con Salomon, y ensalce su trono aún más que el trono del rey David mi señor!»

Entonces el gran sacerdote Sadoc descendió con el profeta Nathan y Banaías, hijo de Joiada, y los ceretheos y feletheos, y pusieron á Salomon sobre la mula del rey David, y le condujeron á Gihon. Y Sadoc, gran sacerdote, tomó del tabernáculo un cuerno lleno de aceite, y ungió á Salomon. Y tocaron la trompeta, y todo el pueblo exclamó: «¡Viva el rey!» Y subió toda la multitud en pos de él tocando instrumentos, entregándose á la alegría y haciendo temblar la tierra con sus aclamaciones.

Entre tanto, Adonías y todos los que él había convidado, oyeron este ruido cuando ya se había acabado el convite. Y Joab, luego que oyó el sonido de la trompeta, decía: «¿Qué quieren decir estos gritos y este tumulto de la ciudad?» Mientras estaba él aún hablando, Jonathás, hijo del gran sacerdote Abiathar, se presentó, y Adonías le dijo: «Entra, que tú eres hombre de valor y traes buenas nuevas.» «No por cierto, respondió Jonathás, porque nuestro señor el



rey David ha declarado por rey á Salomon, y ha enviado con él al gran sacerdote Sadoc, al profeta Nathan, á Banaías, hijo de Joiada, á los ceretheos y á los feletheos; y le han puesto sobre la mula del rey, y Sadoc, gran sacerdote, y el profeta Nathan, le han ungido rey en Gihon, y han venido desde allí con alegría, y la ciudad está llena de estruendo. Este es el ruido que habeis oido. Por lo que Salomon está ya sentado sobre el sólio del reino. Y los criados del rey han entrado á dar el parabién á David, nuestro rey y señor, diciendo: Engrandezca Dios el nombre de Salomon más que tu nombre, y ensalce su trono sobre tu trono.» Y adoró el rey en su lecho y dijo: «Bendito sea Jehová, el Dios de Israel, que me ha hecho ver hoy con mis ojos al que se sienta sobre mi trono.»

Al oír este relato, los convidados de Adonías, poseidos de temor, se levantaron y se fueron cada uno por su lado. Mas Adonías, temiendo á Salomon, corrió á asirse de un cornijal del altar de los holocaustos, diciendo: «Júreme hoy el rey Salomon que no matará á cuchillo á su siervo.» Salomon respondió: «Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni siquiera uno de sus cabellos; mas si fuere hallada maldad en él, morirá.» Adonías presentóse, pues, y adoró á Salomon como su rey, el cual le volvió á enviar á su casa (1).

Después de esto, David reunió los estados generales del reino. Convocó allí á los príncipes de las tribus y á los generales de los doce cuerpos de ejército, que, constando de veinticuatro mil hombres cada uno, se relevaban de mes en mes, para estar á disposición del rey; de suerte que había siempre en pie de guerra, en las diversas comarcas de Israel, un ejército de doscientos ochenta mil hombres, de los cuales la duodécima parte estaba en activo servicio, y todos, ejercitados en los trabajos de la guerra, podían á la primera señal tomar las armas. David hizo venir también á los tribunos y centuriones, que eran ordinariamente los cabezas de familia, á los intendentes de la hacienda y de los dominios del rey y de sus hijos, á los oficiales del palacio, y á los más poderosos

(1) 3 Reg., I, 1-53.



osos y valientes del ejército. El anciano rey se mantuvo de pié mientras les dirigió el siguiente discurso: «Oídme, hermanos míos y pueblo mío! Pensaba en mi corazón edificar una casa en que reposase el arca de la alianza de Jehová, el escabel de los piés de nuestro Dios, y tengo todo preparado para la construcción; pero Dios me ha dicho: No edificarás casa á mi nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado sangre. Pero Jehová, Dios de Israel, me escogió de toda la casa de mi padre, para que fuese rey sobre Israel perpétuamente; porque de Judá escogió los príncipes, y de la casa de Judá la casa de mi padre, y entre los hijos de mi padre, le agradó escogerme á mí por rey sobre todo Israel. Y entre todos mis hijos (porque me ha dado muchos), ha escogido á Salomon, mi hijo, para que se sentase en el trono del reino de Jehová sobre Israel. Y me dijo: Salomon, tu hijo, edificará mi casa y mis atrios, porque yo le he escogido por hijo mío, y seré para él como padre. Y afirmaré su reino para siempre, si perseverase en cumplir mis mandamientos y juicios, como lo hace al presente. Ahora pues, en presencia de todo Israel, la Iglesia de Jehová, y delante de nuestro Dios que nos oye, guarda é indaga todos los mandamientos del Señor Dios nuestro, para que poseáis esta tierra excelente, y la dejéis en herencia á vuestros hijos despues de vosotros perpétuamente. Y tú, Salomon, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario, porque Jehová escudriña todos los corazones y penetra todos los pensamientos del espíritu. Si le buscares le hallarás; pero si le dejares, te desechará para siempre. Ahora pues, por cuanto Jehová te ha escogido para que edifiques la casa del Santuario, ten buen ánimo y pónlo por obra (1).»

Despues que le dió los planos del templo, que él mismo había formado con los mayores detalles, segun la inspiración divina, así como la distribución de los sacerdotes y de los levitas, para el buen orden del servicio divino (2), le hizo conocer también los grandes montones de

(1) Paral., 28, 1-10.

(2) Ibid., 28, 18 y 19.

oro, de plata, de cobre, de hierro, de mármol, que había reunido para este edificio. Estas riquezas fueron todavía aumentadas por las donaciones voluntarias de los israelitas, en piedras preciosas, en oro, en plata, en cobre y en hierro. Y todos se alegraban haciendo estas ofrendas, porque las hacían á Jehová de todo corazón. David, sobre todo, estaba trasportado de alegría. Bendijo al Eterno delante de toda la multitud, y dijo: «Bendito seas, Jehová, Dios de Israel, nuestro padre; bendito seas de eternidad en eternidad. Tuya es, Jehová, la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la alabanza, porque todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, tuyas son. Tuyo, Señor, es el reino, y tú eres sobre todos los príncipes. De tí proceden las riquezas y la gloria. Tú eres el soberano universal; y en tu mano está el poder y la virtud, en tu mano la grandeza y el imperio de todas las cosas. Ahora pues, Dios nuestro, te damos gracias, bendicimos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos ofrecerte todas estas cosas? Tuyas son todas las cosas, y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado. Somos, en efecto, extranjeros y advenedizos delante de tí, así como todos nuestros padres. Nuestros días sobre la tierra son como una sombra, y no hay consistencia alguna. Jehová, Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para construir una casa á tu santo nombre, de tu mano viene, y tuyas son todas las cosas.

«Sé, Dios mío, que pruebas los corazones y que amas la sencillez, y por esto yo con sencillez de corazón he ofrecido alegre todas estas cosas, y he visto que tu pueblo, reunido en este lugar, te ha ofrecido con grande gozo sus presentes. Jehová, Dios de nuestros padres, conserva perpétuamente esta voluntad de su corazón, y sea siempre perdurable este propósito hácia tu culto. Da también á mi hijo Salomon un corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus ceremonias, y lo ponga todo por obra, y edifique la casa para la cual he hecho estos preparativos.»

Y David dijo á toda la asamblea: «Benedicid á Jehová vuestro Dios.» Y toda la asamblea



bendijo á Jehová, el Dios de sus padres; y prosternándose, adoraron á Jehová y despues al rey. Al día siguiente ofrecieron en holocausto mil toros, mil carneros, mil corderos con sus libaciones y otras víctimas en abundancia para todo Israel. Comieron y bebieron en aquel día delante del Eterno con grande alegría, y proclamaron segunda vez por rey á Salomon, hijo de David; y consagraronle á Jehová por rey, y á Sadoc por pontífice. Así fué colocado Salomon sobre el trono de Jehová, en lugar de David, su padre; y fué del agrado de todos, y obedecióle todo Israel (1).

Conociendo David que estaba próximo su fin, dijo á su hijo Salomon: «Yo voy á entrar en el camino de toda la tierra; esfuérzate y sé hombre de valor.» Le recomendó por última vez, con muchas instancias, que marchase en las vías del Eterno y guardase sus mandamientos; le recordó las divinas promesas en virtud de las cuales sus descendientes se mantendrían en el trono, si marchaban delante del Eterno en la verdad, con todo su corazón y con toda su alma. Le recomendó al mismo tiempo que no dejase impune á Joab, que había matado por traición á Abner y á Amasa; que recompensase, por el contrario, á los hijos de Berzellai por la adhesión que le habían demostrado ellos y su padre, cuando iba huyendo del semblante de Absalom.

David se durmió, pues, con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David ó la fortaleza de Sion. Había reinado siete años en Hebron y treinta y tres en Jerusalem. Tenía la edad de setenta años cuando murió. Era de treinta años cuando comenzó á reinar, y reinó cuarenta años (2).

Ningun monarca ha dejado en el corazón de su pueblo parecido recuerdo. Despues de treinta siglos, los restos de Israel unen todavía al nombre de David la idea de dicha y de gloria nacional. ¿Qué nombre, en efecto, más digno de inspirar la admiración y el reconocimiento? Jóven todavía y apacentando las ovejas de su padre, sus dedos sacaban dulces acordes á

(1) Paral., 29, 10-19.

(2) 3 Reg., 2, 1-11.

la cítara, y su voz cantaba al Eterno; despues luchaba contra los osos y los leones, y los desgarraba entre sus brazos: tales eran los juegos de su infancia. Llamado del rebaño paternal para recibir del profeta la unción real, al punto derriba el fiero gigante y levanta el esfuerzo y el honor de su nación. Enfrente de persecuciones y de pruebas sin número, se conduce en ellas con tanta sabiduría y magnanimidad, que conserva hasta su muerte el aprecio de Saul y la amistad de Jonathás. Colocado en el trono por elección formal del Rey supremo, por visible orden de su providencia, y por el unánime asentimiento de todo Israel, extiende sus conquistas desde el río del Egipto hasta las orillas del Eufrates; toda la Siria le paga tributo; Tyro y Sidon le llevan cedros del Líbano (1); los reyes de Tyro y de Egipto son amigos suyos; desde sus puertos sobre el mar Rojo, sus naves van á traficar con la Arabia, la Persia, la India y el Africa.

Modelo de héroes, se rodea de un gran número de valientes. Modelo de reyes, no se considera sino como ministro de Dios. «A vos, Señor, pertenecen la majestad y el imperio soberano.» Su trono era para él el trono de Dios mismo. «Dios ha elegido á mi hijo Salomon para colocarle en el trono, donde reina Jehová sobre Israel.» La ley de Dios es para él la regla del gobierno. «Ten cuidado, dice á su hijo antes de morir, ten cuidado en observar la ley que el Eterno ha dado á Moisés, para que sepas lo que has de hacer y por qué lado has de encaminarte.» Le recuerda que de esto depende la suerte de su dinastía. Esta lección la dirige más de una vez en los salmos á los dioses de la tierra, á los reyes y á los poderosos.

«Dios ha tomado asiento en la asamblea de los dioses, y sentado en medio de ellos, les juzga.

«¿Hasta cuándo juzgareis injustamente, y tendreis miramiento á los malvados?

«Haced justicia al necesitado y al huérfano; justificad al humilde y al pobre. Sacad al pobre, y librad de la mano del pecador al necesitado.

(1) 1 Paral., 14; Eusebio, *Præparat. evang.*



»No supieron ni entendieron; en tinieblas andan; serán conmovidos todos los cimientos de la tierra.

»Yo dije: Dioses sois, y todos hijos del Altísimo; pero vosotros morireis como el último de los hombres, y caereis como cada uno de los príncipes.

»¡Levántate, Dios! Juzga la tierra, porque todas las naciones serán tu herencia (1).»

Meditar esta ley noche y día, constituía para David sus delicias. Sus cánticos celebran las maravillas de ella. La publica en presencia de los reyes, y no es confundido. Ella es la que le hizo más sábio que sus enemigos, y superior en inteligencia á todos sus maestros; y por esto le eleva en prudencia sobre los ancianos.

Cae, pero es para llegar á ser siempre el modelo de los penitentes. Desde que el Señor le representa su crimen, se reconoce culpable, su corazón es destrozado por el dolor, acepta con una humilde sumisión todos los castigos. Aunque le sea asegurado su perdón, llora noches enteras, y riega con lágrimas su lecho. No contento con humillarse en secreto, compone cánticos de penitencia, confiesa su pecado á todos los siglos. Hoy todavía vuelve á decir por boca de todos los cristianos: «¡Tened piedad de mí, ¡oh Dios! según vuestra grande misericordia!» Hoy todavía exclama en los trasportes de su reconocimiento:

«Bendice, alma mía, al Eterno, y todas las cosas que hay dentro de mí, á su santo nombre. Bendice, alma mía, al Eterno, y no te olvides de todos sus galardones. Él perdona todas tus maldades; Él sana todas tus enfermedades; Él redime tu vida de la muerte; Él te corona de misericordia y de piedades; Él llena de bienes tu deseo, y renovará tu juventud como la del águila.

»Jehová hace misericordia y justicia á todos los que sufren agravios. Hizo conocer sus caminos á Moisés, y sus voluntades á los hijos de Israel. Jehová está lleno de ternura y de clemencia; es lento en castigar y pródigo en misericordia. No estará enojado para siempre, ni se irritará eternamente. No nos ha tratado se-

(1) Ps. 81.

gun nuestros pecados, ni nos ha retornado según nuestras maldades. Porque cuanto es alto el cielo sobre la tierra, tanto ha corroborado su misericordia sobre los que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto ha alejado de nosotros nuestras maldades. Como el padre se compadece de los hijos, se ha compadecido Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra fragilidad y el barro de que fuimos hechos; acordóse que somos polvo. Los días del hombre son como el heno. Se abre como la flor de los campos, porque el espíritu estará en él de paso, él no existirá; y no conocerá de allí adelante su lugar. Mas la misericordia de Jehová descansa de eternidad en eternidad sobre los que le temen; su justicia se extiende de generación en generación sobre los que guardan su alianza y se acuerdan de sus mandamientos para cumplirlos.

»Jehová ha establecido en los cielos su trono; su imperio domina todo. Bendecid á Jehová y todos sus ángeles, vosotros que, revestidos de fortaleza, ejecutais sus órdenes, siempre dispuestos á obedecer su voz. Bendecid á Jehová en todas partes y lugares, innumerables ejércitos suyos, y ministros que haceis su voluntad. Todas sus obras, bendecid á Jehová en todos los lugares de su dominación. Bendice, alma mía, bendice á Jehová.»

Dios, su ley, su culto; hé aquí lo que David respira, ya en la tranquilidad de la vida pastoril, ya en la agitación de su vida fugitiva, ora en los combates, ora en los esplendores del trono. No puede sufrir que habite él un palacio, mientras que el arca del Dios de Israel esté colocada bajo una tienda. Hace juramento, hace voto de no entrar en el interior de su casa, de no subir al lecho de su estrado, de no dar sueño á sus ojos, ni adormecimiento á sus párpados y reposo á sus sienes, hasta que no hallase un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. Debe ser tal esta morada, que con la fama de su magnificencia extienda por todas las regiones de la tierra el nombre y la gloria de Jehová. Todas las naciones contribuyen á levantar este magnífico templo: Israel y su rey, por las donaciones voluntarias; los pueblos vecinos, por las riquezas que les arre-



bata la conquista y los tributos que ella les impone; Tyro, Sidon, Egipto, aliados de David y sus hijos, les enviarán, con materiales preciosos, arquitectos y obreros hábiles; más de cincuenta mil prosélitos, reunidos de todas las partes del mundo, tallarán en las montañas y llevarán las piedras que los obreros de Israel y de Tyro colocarán en el edificio.

A la magnificencia del templo responderá la pompa del culto. Bajo la suprema autoridad del gran sacerdote, veinticuatro familias sacerdotales se relevarán en el servicio del santuario y la oblación de los sacrificios. Tendrán para ayudarlas en sus funciones, á veinticuatro mil levitas. Cuatro mil cantores y músicos, divididos en veinticuatro clases, bajo el mando de doscientos ochenta y ocho directores, se sucederán de semana en semana para cantar las alabanzas del Eterno. Sus jefes serán Asaf, Heman é Idithum.

Ningun pueblo tendrá tan incomparables himnos. La Grecia nos ensalzará más tarde sus poetas y sus armoniosas ficciones; pero muchos siglos antes, el más antiguo de ellos, David, sucediendo á Moisés y á Débora, cantaba en un tono adonde no llegó jamás la musa profana, todo lo que hay más grande, más sublime, más amable; cantaba á AQUEL QUE ES, la magnificencia de sus obras, las maravillas de su providencia, las riquezas de su misericordia, las dulzuras de su ley; cantaba al hombre su pequeñez y su grandeza, su miseria y su gloria, su caída y su restauración, su vida de un día y sus eternas esperanzas; cantaba al mediador entre Dios y el hombre, su pasión y su muerte, su resurrección y su triunfo; su imperio en medio de las naciones, la Iglesia Católica.

Dios mismo le inspira, su corazón superabunda, su palabra salta; esto no son algunas chispas, no son algunos destellos, sino que es el sol en su esplendor que se lanza desde los confines de la aurora, atraviesa los cielos y esparce sobre todos los países y sobre todas las edades torrentes de luz, de calor y de vida.

¿Qué cosa hay comparable en la magnificencia y rapidez de estilo, á esta oda del poeta-rey sobre la creación?

«Bendice, alma mía, á Jehová! ¡Jehová, mi

TOMO II

Dios, te has engrandecido poderosamente! De gloria y de hermosura te has vestido, cubierto de luz como de un manto. Extiendes los cielos como un pabellón; cubres con agua sus más altos lugares. Las nubes son tu carro; marchas sobre las alas del viento. Tus mensajeros son rápidos espíritus; tus ministros llamas de fuego. Cimentaste la tierra sobre su propia estabilidad; los siglos no la ladearán. El abismo la envuelve como un vestido; las aguas cubren las montañas; á tu amenaza huyeron á la voz de tu trueno se precipitarán de temor. Al punto suben los montes y descienden los valles á los lugares que les has marcado; término les pusiste que no traspasarán, y no volverán á cubrir la tierra.

»Haces salir las fuentes en los valles, á través de las colinas pasarán las aguas, beberán todas las bestias del campo, los onagros apagarán en ellas su sed. Sobre sus orillas habitan las aves del cielo; desde en medio de su ramaje dejarán oír su voz. De tus alturas riegas los montes; del fruto de tus obras se saciará la tierra. Produces heno para las bestias; mieses para el hombre. De la tierra le haces salir su alimento, el vino que alegra su corazón, el aceite de perfume que embellece su rostro y el pan que sostiene sus fuerzas. Tú eres el que riegas los árboles de Jehová y los cedros del Líbano que plantó. Allí anidarán las aves, allí los abetos ofrecerán un asilo á las cigüeñas; las cimas de los montes son la ruta de los ciervos; las tortuosas aberturas de las rocas, el refugio de los animales tímidos.

»Hiciste la luna para marcar los tiempos, el sol conoció la hora de su ocaso. Pusiste tinieblas, y fué hecha la noche; en ella transitarán todas las bestias de la selva; los cachorros de los leones rugen para arrebatar su presa y pedir á Dios su sustento; sale el sol, se retiran y se internan en sus guaridas; el hombre sale á su trabajo y á sus labores hasta la tarde.

»¡Cuán magníficas son tus obras, Jehová! Hiciste todas las cosas con sabiduría; llena está la tierra de tus bienes y riquezas. Aquí, este mar grande extiende sus largos brazos; allá, se mueven animales que no tienen número, grandes y pequeños; acá, transitarán las naves;